

UNA MENTIRITA

Por *Perla Tinker*

MARGARITA y Teresa estaban siempre juntas. Eran hermanas, pero todos creían que eran hermanas gemelas. No se parecían, pero se vestían iguales y les gustaban las mismas cosas.

-Vayamos a dar un paseo hasta la casa -sugirió un día la madre después del almuerzo.

-¡Vayamos! -dijeron las niñas al mismo tiempo, lo cual les causó mucha gracia.

La mamá, Margarita y Teresa caminaron por la calle Olmo, luego dieron vuelta en la esquina de la calle Sauce y allí estaba... ¡la casa!

Esa noche a la hora de la cena, la mamá dijo:

-Hoy fuimos a dar un paseo, y ¿sabes lo que vimos? Hay un cartel de Se vende en la linda casita blanca de la calle Sauce. Las plantas están todas florecidas.

-Me gustaría verla -dijo el papá. De manera que las niñas se pusieron sus pulóveres iguales y caminaron con el papá y la mamá hasta la calle Sauce. Allí vieron el cartel de Se vende junto al portón de la casa. Entraron y recorrieron el caminito que conducía a la puerta del frente. Al entrar vieron los grandes canteros de flores a los lados del camino.

-La copa del durazno de adorno, a cada lado de la puerta del frente, parece una gran roseta de maíz de color rosado -dijo Teresa.

-Yo también estaba pensando eso -se rió Margarita.

-Es la casa que nos conviene -comentó el papá y al oírlo las dos niñas se abrazaron y danzaron de alegría.

Antes de mucho se hicieron los arreglos para comprar la casa. Un día vino el camión grande de mudanzas, y llevó todos los muebles de la casa vieja a la casa blanca de la calle Sauce.

La madre y las niñas recorrieron los cuartos mirando cuidadosamente.

-Chicas, como en la casa hay cuatro dormitorios, cada una de Uds. podrá tener su propio cuarto. O si prefieren, pueden poner las dos camitas y las cómodas en un cuarto y pueden dejar el otro para jugar, para tener sus escritorios, las casitas de la muñeca y otras cosas.

Teresa y Margarita no podían recordar un momento cuando no habían estado juntas. Teresa miró a Margarita y ésta miró a Teresa. Las dos sonrieron.

-¡Oh, mamá, no tenemos que pensarlo! -exclamó Teresa-. Nos sentiríamos solas si no tuviéramos las camas una al lado de la otra.

-Muy bien -estuvo de acuerdo la mamá.

¡Qué lindo! ¡Tendremos un cuarto para jugar! -se alegró Margarita.

Una mañana a la hora del desayuno la mamá miró por la ventana y dijo:

-Espero que hoy no llueva. Tenemos una cita en el consultorio del médico para las vacunas de Margarita. Tengo también otras cosas que hacer.

Volviéndose a Teresa, la mamá dijo:

-¿Te gustaría pasar la mañana con la tía? Teresa se levantó de la mesa del desayuno y fue a lavarse las manos. Margarita la acompañó. Margarita estaba conforme con ir al consultorio del médico. Y naturalmente, Teresa también quería ir. Quizás las niñas estaban tan interesadas por ir porque el médico tenía una caja grande en el escritorio. En esa caja había muchas cosas interesantes para ellas. Siempre, después de una visita, él abría el cajón del escritorio, sacaba la caja y les decía: "Pueden elegir lo que Uds. quieran".

-No quiero quedarme con la tía -protestó Teresa mientras se secaba las manos con la toalla. De repente se volvió a Margarita que también se estaba secando las manos y le dijo:

-Yo no me siento muy bien.

Teresa abandonó lentamente el baño y caminó hacia el vestíbulo con la mano en la frente.

-Me duele la cabeza -le dijo a la madre.

La madre le tocó la frente y luego fue a buscar su abrigo.



Teresa pensó que seguramente la madre traería también el de ella; pero en lugar de eso la mamá llamó al papá que estaba afuera.

-Aquí tenemos un problema -le dijo la mamá al papá y puso su mano nuevamente sobre la frente de Teresa. Esta vio que sus padres se miraban en una forma extraña.

-¿Teresa no se siente bien? -preguntó el papá-. No parece enferma. No está pálida y tiene los ojos brillantes y alegres. Estoy seguro que un descanso en cama le va curar el dolor de cabeza.

-Sentimos tanto -dijo la mamá-. Yo estaba haciendo planes de llevarte con nosotros si no querías ir a la casa de la tía. Acabo de recordar que necesitamos comprar un regalo de cumpleaños para el primo Marcos; luego podríamos habernos detenido para comer en un restaurante. Ahora es mejor que quedes en casa con papá y descansas. Quizás mañana ya estarás bien otra vez.

Cuando Teresa salió para despedir a la mamá y a Margarita se produjo una escena de lágrimas. Y grandes lágrimas seguían corriendo por las mejillas de Teresa cuando de la mano del papá, entraron de nuevo a la casa. ¡Cuánto deseaba ella no haber dicho algo que no era cierto!

Entonces se sentaron juntos en el sofá de la sala.

El papá dijo:

-Teresa, querida, ¿no tienes algo que contarme?

-Sí, papá. A mí realmente no me duele la cabeza. Lo dije porque pensaba que mamá me llevaría con ella al doctor. Lo siento muchísimo. Procuraré no volver a decir nunca más una mentira, no solamente porque no pude ir con mamá y Margarita, sino porque eso entristece a Jesús.

-Esta es mi niña buena -dijo el papá, y le dio un abrazo.